

## Carlos Fuentes en Santa Fe

Centro Cultural Provincial. 18/11/2004

Transcripción: Félix Chávez

El escritor Carlos Fuentes fue una de las figuras invitadas al *III Congreso Internacional de la Lengua Española* que se realizó en la ciudad de Rosario, Argentina, en noviembre de 2004.

116 117

En el marco de dicho evento, el Gobierno de la Provincia de Santa Fe organizó las visitas de Carlos Fuentes a la ciudad capital de la provincia, y de Ernesto Cardenal a la ciudad de Rafaela.

Por permiso otorgado por el escritor a la Prof. Adriana Crolla, incluimos la transcripción de la conferencia que desarrollara el jueves 18 de noviembre en la ciudad de Santa Fe.

La dimensión comparatista que habita este relato sobre las lenguas, lecturas y escritura de este “ciudadano del territorio de la Mancha”, como gustó en autodefinirse, valorizan doblemente la trascendencia de su gesto y su palabra.

### Presentación a cargo de Néstor Fenoglio<sup>1</sup>

Habitualmente en las solapas de los libros, de los muchos libros que Carlos Fuentes nos ha legado, se hace una suerte de “reseña” donde se ve que la editorial ya la tiene vista y ensayada y no lo pide dos veces y es la que sale.

Por ella sabemos que Don Carlos es hijo de diplomáticos; que viajó mucho; que en toda su infancia, probablemente, sus amigos más duraderos fueron los autores de su preferencia más que los compañeros de curso que iban cambiando de un año al otro, conforme cambiaba el destino de residencia al que tenían que dirigirse sus padres y él también. En esa juventud, este señor ya era un señor de mundo cuando aún era niño; y era una persona culta cuando aún era niño; y hablaba idiomas cuando aún era niño. Me puse a pensar, cuando me llamaron para coordinar este encuentro, en ese niño viajando por el mundo, aprendiendo tempranamente distintas culturas, teniendo su iniciación literaria, y otras de las que él ha dado cuenta por allí, y pensaba justamente en ese Artemio Cruz que muchos conocemos, que hemos leído en las facultades, que hemos estudiado, y pensaba en eso: arte-mío-cruz; es decir, toda una función: la sensibilidad, el artista, y esa cruz, que no hace alusión, me parece a mí, a una religiosidad, más allá de que la tenga o la discutamos, sino más bien a lo que representa como cruce de caminos. Porque permanentemente Carlos Fuentes ha asumido estar allí, en la intersección de distintos mundos: ese México proverbial del que viene –ese México con su riqueza, con la llegada del español, su mismo derrotero personal, conociendo toda Améri-

ca-, y la asunción generosa que ha hecho Don Carlos, me parece a mí, de esos conflictos que generan los cruces de caminos, conflictos y acuerdos. Él ha sido generoso en asumir todo el derrotero, completo. No se contentó con una visión resumida, o con una sola versión de las cosas. Este señor, que hoy tenemos el honor de tener aquí, es un curioso por naturaleza, es alguien al que le gusta mirar profundo y que no tiene una sola mirada de las cosas; o para decirlo de otra manera: le gusta recorrer el objeto, el país o la gente o la literatura, rodeando el objeto y dando cuenta de eso, sin claudicaciones. Así lo he sentido yo como lector y así lo hemos sentido muchos de nosotros quienes también reconocemos en él a un referente, no ya de algún latinoamericano, no ya de la introducción, como se suele decir también en nuestras facultades, de técnicas sajonas en la narración; bueno, está bien, todo eso era allá, cuarenta, cincuenta años atrás, pero este señor no se conformó con eso, siguió escribiendo mucho y bien, y yo sé que a él, si bien hoy todos los que estamos acá somos conscientes de participar de un encuentro histórico, por cuanto tenemos a una personalidad que sin duda vio nacer la historia literaria de América, participó de ella, participa activamente de ella, yo estoy seguro de que a él no le gustará que lo bañemos de bronce y va a querer pasar rápido a charlar con la gente y a escuchar las preguntas y a que nosotros escuchemos sus respuestas. Así es que, líbranos Dios o los Dioses, líbranos de los prólogos y presentaciones largas. Por lo tanto, no voy yo a recordar los múltiples contactos que tiene este señor con Argentina, que van mucho más allá de haber vivido acá, o de haber situado algunos de sus relatos o narraciones, o ensayos también, en Buenos Aires, en la Argentina. Va mucho más allá también de su admiración por Cortázar y de haberle rendido homenaje mucho antes de que lo hiciera nuestro país, bastante reacio, a veces, a reconocer la figura de Cortázar. Este señor que está aquí a mi lado, es el responsable, por ejemplo, de la primera publicación de “El perseguidor”, ese relato vigoroso, tremendo de Cortázar, entre otras muchas cosas. Así es que, por último, sólo me resta interpretar el sentimiento de todos los que están aquí y transmitirle, como lector de a pie que soy, que somos muchos de acá, como ciudadano santafesino de una ciudad a la que le llaman “cordial”, le queremos desear horas felices acá, en territorio santafesino, desearle lo mejor y con este aplauso darle la bienvenida. Muchas gracias por estar acá. (aplausos)

### **Disertación de Carlos Fuentes**

Bueno, no sabía que Santa Fe tenía además el nombre “de la Veracruz”, lo cual hace sentirme muy en casa porque yo soy originario de Veracruz en México, de otro Veracruz. Agradezco muchísimo sus palabras de presentación y quisiera dedicar ésas a la memoria de Don Gastón Gori<sup>2</sup>. Voy a hablar un poco de cómo empecé a escribir, que es lo que la Señora Bielsa<sup>3</sup> me solicitó, y luego podremos entablar una conversación.

Nuestra presencia en el mundo es inseparable de un sentimiento de ausencia. Estar en el mundo desde la infancia significa preguntar: ¿De qué carezco? ¿Qué le falta al mundo donde siendo y careciendo yo vivo? Lejos de contentarnos con lo que es, construimos un jardín, un jardín de juegos insólitos, habitados por los espectros de lo que no es, de lo que debe ser y de lo que fue. Hölderling habla de temblor y pánico, en esta relación de estar deseando siempre. Sabiéndose parte de la naturaleza pero al mismo tiempo distinto de ella; anhelando una unión que sólo

es posible, extrema y dolorosa paradoja ésta, mediante una separación infinita. Descontentos del mundo, ansiosos de añadir algo que falta en el mundo, celebrantes del juego y del mundo, ¿será éste el privilegio de niños y escritores?, ¿de locos y de artistas? Y yo crecí en un mundo vibrante, el de la década de los 30 en los Estados Unidos de América, más o menos entre la inauguración del ciudadano Roosevelt y la interdicción del *Ciudadano Kein*. Mi padre era consejero de la embajada de México en Washington y me obligaba en casa a leer la historia mexicana, a conocer sus biografías, sus nombres, sus sueños, sus derrotas. Un país inexistente pensaba yo entonces, inventado por mi padre para alimentar mi imaginación infantil. Con un paisaje y un alma tan distintos de los norteamericanos que parecían una fantasía. Una fantasía cruel. La historia de México lo era de derrotas. Yo vivía en un mundo, el de la escuela norteamericana, que celebraba victorias. Al sur, un mundo de canciones tristes, dulces nostalgias, deseos imposibles. Al norte, un universo de confianza en sí mismo, fe en el progreso, optimismo sin cuartel. México, el país imaginario, soñaba con un pasado doloroso. Los Estados Unidos, el país real, soñaba con un futuro feliz. Aprendí que todos los tiempos son uno, una mañana de marzo de 1938. El mundo norteamericano nos ciega con su energía, nos impide vernos y nos obliga a verlo. Ha habido años más dramáticos y vitales que esos del *New Deal*, del Nuevo Trato; fue cuando la nación, a la que Tocqueville ya le había adjudicado, desde mediados del siglo XIX, la regencia de la mitad del planeta, se dio cuenta en efecto de que sólo un estado continental es un estado moderno, viable, y puede como lo hizo la América de Franklin Roosevelt, levantarse de la postración, del polvo yermo de Oklahoma, y vencer las filas de desempleados en las mañanas grises de Detroit, gracias a una mezcla deslumbrante de imaginación, optimismo y organización. Los Estados Unidos en mi niñez, emergían de la depresión como una especie de futbolista convaleciente que regresa al campo de sus hazañas deportivas. Y esa salud se reflejaba en mi vida diaria, en mis lecturas de Mark Twain, en mis imágenes del periodismo y del cine, la audacia de Errol Flynn, la vitalidad sensual de Fred Astaire y de Ginger Rogers; y se reflejaba también en el ambiente igualitario de mi escuela, en la simplicidad democrática de mis compañeros y en mi propia convicción de que yo formaba parte, sin problemas, de ese mundo que acabo de describir. Es importante ser popular en todas las edades y en todas las ocupaciones en los Estados Unidos; bueno, yo lo era... hasta ese día de marzo, 18 de marzo de 1938. No lo olvido más. Un hombre de otro mundo, del país imaginario de mi infancia, el presidente de México, Lázaro Cárdenas, nacionalizó los recursos petroleros en manos de compañías extranjeras. Los encabezados de la prensa norteamericana denunciaban al gobierno de México de “comunista”, y a su presidente, “rojo”. Pedían la invasión de México para hacer respetar la propiedad privada y nos invitaban a los mexicanos a bebernos nuestro petróleo. De la noche a la mañana yo me convertí en un “paria” en mi escuela, hombros fríos, miradas agresivas, epítetos, a veces golpes. Nadie sabe ser más cruel que un niño. La crueldad de los grandes es el más seguro residuo de ese malestar infantil ante las carencias que adivinamos en un mundo en donde nosotros vivimos. Aprendemos a ser jóvenes; llegamos a conquistar la juventud. La gente más joven que yo he conocido se llama Luis Buñuel, Pablo Picasso, Arthur Rubinstein, Marc Chagal. Pero sólo con la condición de transformar el deseo del poder en el poder en esencia. Descubrí que el país de mi padre, México, era real y que yo pertenecía a él. Miré las fotografías del presidente Cárdenas. Era un hombre de otra estirpe, no aparecía en el repertorio de imágenes seductoras del mundo norteamericano. Era un mestizo, español e indio; con una mirada verde, líquida y lejana. Como si quisiera recordar un pasado antiguo y mudo. Era... medio ese pasado. Podía soñar el sueño del país,

súbitamente rebelado en un acto político, como algo más que una delimitación de fronteras, que un montículo de estadísticas en los anuarios. Creo que entonces intuí que no iba a descansar hasta develar esa identidad común que dependía de otra comunidad: la de los tiempos. Los Estados Unidos me habían hecho creer que vivíamos para el porvenir solamente. México, Cárdenas, los acontecimientos de 1938, me hicieron comprender que sólo en un acto del presente se hacen presentes tanto el pasado como el futuro. Ser mexicano era identificar el hambre de ser, el sueño de dignidad, la carencia y el deseo de muchos siglos olvidados y de muchos siglos por venir. ¡Pero hacerlo hoy! ¡Ya! ¡Hacerlo hoy! ¡En el instante! En ese tiempo vigilante pero actual del México que más tarde intenté descifrar en las serpientes de piedra de Teotihuacán, en los ángeles policromos de Don Inclán.

Añado que siguiendo la vida diplomática de mi padre, en 1940 viajé a Chile y entré de lleno al mundo de la lengua castellana, de la política latinoamericana y de sus carencias. Eran los años del Frente Popular chileno. El vigor de la vida pública era contagioso. El Frente Popular había logrado unir bajo un solo toldo a socialistas, comunistas y radicales. El país estaba lleno de manifestaciones, de movimientos sindicales, debates partidistas, campañas electorales, que significaban la más saludable politización de este país, Chile, el país más democrático de América Latina y lo era también porque era un país políticamente verbalizado. No era casual que fuera el país de los grandes poetas: Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo Neruda. Yo sólo fui amigo años más tarde de Neruda, a quien siempre consideré el Rey Midas de la poesía: todo lo que tocaba con su palabra lo convertía en oro. Este rey Midas, Neruda, escribiría años más tarde su testamento literario, rescatado de una casa saqueada y de una tumba anónima, y es un hermoso canto a la lengua española. “Los conquistadores”, dice ahí, “se llevaron nuestro oro pero nos dejaron su oro: la lengua”. El oro de Neruda, descubrí en Chile, era propiedad de todos. Oí un atardecer en la playa de Lota a los mineros, reunidos después del trabajo penoso a muchos metros debajo del mar, extrayendo el carbón del Pacífico. Salían como topos por túneles de las minas, y luego se sentaban a cantar... ¿y qué cantaban? Cantaban con la guitarra algunos versos del *Canto General* de Neruda. Me acerqué y les dije que al autor le agradecería saber que su poema se había convertido en canción. Ellos me respondieron: ¿cuál autor? Para ellos, la poesía de Neruda no tenía autor. Venía de muy lejos. Se había cantado siempre, como la de Homero. Era la poesía, como escribió Croce de *La Iliada*, de un *popolo intero poeta*, de un pueblo entero poetizante. El documento de la identidad original entre poesía e historia. Lengua anónima, lengua de todos, lengua como el aire, y sin embargo, lengua que puede ser secuestrada, desposeída, empobrecida, encarcelada, asesinada. Aprendí en Chile que el español puede ser la lengua de hombres y mujeres libres. Habría que aprender aun la fragilidad de nuestra lengua y de nuestra libertad cuando el gobierno de Richard Nixon, incapaz de destruir la democracia norteamericana, destruyó la democracia chilena. Mi paso de la educación en lengua inglesa a la educación en lengua española decidió la expresión de lo que antes en Washington fue la revelación de una identidad: quería escribir para demostrarme a mí mismo que mi identidad y la de mi país eran ciertas. Ahora en Chile aprendí que debía escribir, precisamente, en español. La lengua inglesa, me di cuenta, no tenía necesidad de un escritor más. Su vitalidad ha sido ininterrumpida y si desfallece la lengua inglesa, nunca falta un escritor irlandés que llegue y le dé una patada en el trasero y la despierte inmediatamente; de Swift a James Joyce. En Chile conocí la posibilidad de nuestra lengua para darle alas a la libertad y a la poesía, la impresión fue muy duradera para mí, aún me habita, y me convirtió en un hombre que sólo sabe escribir, soñar, amar e insultar en español. Los insultos en francés y

en inglés me dejan absolutamente fríos, pero una mentada de madre mexicana sí me afecta (risas).

En 1943 mi padre fue trasladado de Chile a la embajada de México en la Argentina. Llegamos a Buenos Aires el día preciso de julio de 1943 en que un golpe militar tomó el poder. Llegando de Chile y sin imaginar siquiera que algún día Pinochet victimase a la sólida democracia chilena, el ascenso de los militares Rawson, Ramírez y Farrel, contrastaba abruptamente con el país en el cual yo iba a celebrar mis 15 años. Mendoza, por donde entré a la Argentina, era un dulce racimo de uvas andinas, que contrastaba con la capital porteña que no se parecía a ninguna otra ciudad que yo hubiese visto en Latinoamérica; creo que adiviné lo que sería París, me anticipé a lo que era Barcelona, llegando a una ciudad europea extraviada en el sur del continente, fundada dos veces, canibalizada una, cuadrículada la otra, como si el péndulo entre la barbarie y el orden, ambos extremos diese el tono, uno, secreto, el otro, evidente, de una ciudad que acabé por hacer mía gracias a diversos conductos. El primero fue la política. Yo provenía del México revolucionario de Lázaro Cárdenas; del nuevo trato demócrata de Roosevelt en los Estados Unidos y del Frente Popular en Chile. Me había educado en escuelas humanistas y tolerantes. Tal no era el caso en la Argentina de la Junta de octubre que no ocultaba sus simpatías profascistas, ni el del Ministro de Educación Martínez Zuviría, alias Hugo Wast, quien impartía una ideología claramente racista, reaccionaria, pronazi y antisemita a la educación pública argentina. La segunda vez que escuché el elogio de la Alemania nazi, la vituperación antisemita, e incluso la exaltación de virtud militar de Esparta sobre la debilidad democrática de Atenas, le dije a mi padre: “Oye, libérame de la escuela. Déjame. No quiero ir. Déjame educarme en las calles de Buenos Aires.” Y así fue. Pasaba el día recorriendo la urbe porteña. Los cines de la calle Lavalle, un rosario de salas que se distinguían en el verano del 43 al 44 por la presencia o ausencia de refrigeración. Las salas que carecían de aire frío, como el Cine Hindú, en la calle Lavalle, los suplían con grandes ventiladores que impedían oír los diálogos (risas). Pero uno se preguntaba: ¿valía la pena oírlos? (risas); no, no, digo: sí, sí, valía la pena; el cine argentino tenía muy buenos guionistas: Pondal Ríos, Ulises Petit de Murat y una interesante y cuádruple esquizofrenia. Entro un poco al tema del cine argentino porque me alimentó mucho en mi imaginario. Me di cuenta gracias al cine argentino que el melodrama es una comedia que desconoce su nombre, y vi en primer lugar muchas películas de tango dominadas por Libertad Lamarque y las misteriosas razones por las cuales tan sufrida heroína era feliz un día (risas); abandonada al siguiente; miserable cantante de barrio una noche; estrella de la ópera europea enseguida (risas), amantísima madre y esposa un momento; despreciada y abandonada, pecadora, al siguiente (risas). Las razones eran claras: las situaciones eran determinadas por la necesidad de introducir todo un repertorio de tangos que le permitieran a doña “Liber” andar lo mismo “cuesta abajo que cuesta arriba. Irse de la “lejana tierra mía” para “volver con la frente marchita” (risas), pero siempre, siempre, siempre, doña Libertad “cantaría el tango como ninguna” porque tenía “alma de bandoneón” (aplausos). El segundo tema del cine argentino de la época era la prestigiosa adaptación de obras literarias europeas dichas con el dulce acento de Delia Garcés, en *Casa de Muñecas*; el ronco dolor de “Mecha” Ortiz en *Safó*; o la inimitable gracia de Niní Marshal como *Carmen*, con un clavel en la boca. El tercer tema era la comedia sentimental urbana, con un reparto inamovible: Enrique Serrano, el padre de frágil autoridad; Felisa Mary, la madre de voluntad férrea; Mirtha Legrand, la azucarada ingenua; Juan Carlos Thorry, el engominado galán de revistas de modas; y cuando la cosa giraba al drama, lloraba Sabina Olmos y daba clases de fatigada experiencia Pedro López

Lagar (risas) con su singular acento porteño andaluz. Aunque a punto en estas películas aparecía siempre el conflicto de clases: el hijo de clase alta se enamoraba de la muchacha de clase baja como en *Los muchachos de antes no usaban gomina*, y las virtudes criollas eran siempre corrompidas por la modernización, como sucede en *El viejo Hucha* donde Enrique Muñio atesora el dinero y cuando se muere, los hijos descubren que tenía mucho dinero; se compran una casota maravillosa en Palermo y de ahí en adelante todos hablan inglés y andan en Roll Royce (risas). Pero el cuarto gran tema era la tierra, el río y el gaucho: *Prisioneros de la tierra*, *Tres hombres del río*, *La guerra gaucha*. Ahí aparecía otra Argentina, aislada, agreste, injusta, morena, latinoamericana, que encarnaba todo un gran actor, Francisco Petrone, maestro de la virilidad estoica, de la crueldad involuntaria y de la ternura dura. Repaso estas visiones porque me educaron a *ver* el mundo, así como el tango me enseñó a *oír* el mundo, así fuese con los ojos cerrados, porque el tango es la expresión musical que va derecho al corazón sin puertas cerradas donde veinte años no es nada, melodía intemporal. En noches de Tigre y Maldonado me convertí en hincha de Anibal Troilo y Roberto Goyeneche, maestros de mi naciente alma erótica, que al cabo se confirmó gracias a un feliz accidente de la circulación urbana. Descubrí que en mi apartamento de Callao y Quintana, a las 11 de la mañana, sólo quedábamos dos personas: yo, que no iba al colegio, y una bellísima actriz europea, de cabellera platinada y ojos adormilados. Me atreví una mañana a tocar a su puerta con mi ejemplar de la revista *Sintonía* en la mano y la pregunta preparada: “Perdone, ¿sabe Ud. qué personaje histórico interpreta hoy Eva Duarte en la radio? ¿Juana de Arco o Madame Bovary?”. Ella me miró lánguidamente y me dijo: “Madame Bovary, que es menos santa pero más divertida” (risas y aplausos). “Pasá, pibe” (risas y aplausos).

Mi otra iniciación se la debo a la librería “El Ateneo” de la calle Florida. Su olor a maderas barnizadas, páginas frescas como hojas de laurel, estanterías celosas de liberar sus secretos, me convocó día con día y me hacía pasar mis horas de adolescencia en descubrimientos tan importantes como el de Neruda en Chile. Ahí me leí (estaba en la Argentina y me quería leer toda la literatura argentina) de Lugones a Güiraldes, y, ciertamente, Borges. Mi deslumbramiento ante la literatura de Jorge Luis Borges lo razonaría más tarde gracias a mi maestro mexicano Alfonso Reyes. Reyes dice “en Borges no hay página perdida”, porque sus fantasías son utopías lógicas con estremecimientos de Edgar Allan Poe, su prosa es tan límpida que no admite ninguna exclamación y ninguna interjección. Su testimonio social da cuenta de los más oscuros rincones de la vida porteña, hervidero de migraciones y hervideros de lenguajes. Su apariencia, decía Reyes, es la de un hombre medio naufragado en el mundo físico. Yo sólo diré que me llevé del Borges, leído a hurtadillas en El Ateneo de Buenos Aires, una lección que era, y es, una convicción: y es que *todo se puede decir en castellano*. Nada nos será vedado a los que escribimos en español. Pero qué sucedió, me preguntaba enseguida, con esta lengua universal, el castellano, que después del siglo XVII, después del *Quijote*, deja de ser lengua de creación, vida, insatisfacción y poderes personales para convertirse en lengua de esterilidad, luto, aplauso retórico y poderes abstractos. No hay una gran novela española entre el *Quijote* y Clarín o Galdós, hasta el siglo XIX. Yo me hacía esta pregunta a los 16 años.

Fui por fin a vivir permanentemente a México y ahí estaban para mí las respuestas. En el aire delgado de esta meseta fría de piedra y polvo, que es como la gemela indígena de otro altiplano, el de Castilla. El país imaginario de mi padre era el real, pero más fantástico que cualquier imaginación. Era tan real como el de sus fronteras físicas y espirituales. México, la única frontera entre el mundo industrializado y

el mundo en desarrollo. La frontera entre mi país y los Estados Unidos, pero también entre toda la América Latina y los Estados Unidos. La América Latina empieza en México, entre el mundo indolatino y el mundo anglosajón; entre el ahorro simplificador del protestantismo y el derroche barroco del catolicismo; entre la expansión horizontal y difusa del poder democrático y su estructuración autoritaria, piramidal y centralizada; entre el derecho consuetudinario no escrito y el derecho romano carente de toda realidad si no se la da la escritura; entre el estreñimiento avaro de los hijos del Durkheim de Ginebra contra la diarrea pródiga de los hijos de Roma en Madrid. Los norteamericanos son herejes pelagianos; los mexicanos somos ortodoxos agustinianos. Algún día los norteamericanos se preguntarán cómo convertir a Pocahontas en la Virgen de Guadalupe (risas y aplausos). Los mexicanos nos preguntaremos: ¿podemos convertir a Moctezuma en miembro de la dinastía de los Kennedy? ¿Cómo transformar en ritual el consumo de una hamburguesa? ¿Cómo vender en computadoras un mole poblano<sup>4</sup>? ¿Se puede? Cómo decir en español *to be or not to be*, si no se puede distinguir en inglés nuestro “ser” de nuestro “estar”... ¿sí? (aplausos). Por eso es más rica la lengua española. Con todas estas preguntas me acerqué al cuerpo de oro y barro de México, mi país imaginario, imaginado. Al cabo: real. Pero sólo real en ese temblor y pánico que me permitía, pero también me condenaba, a verlo siempre desde una lejanía que asegurase, gracias a la separación, el anhelo feroz de la reunión. La “perspectiva” me permitió escribir unas novelas donde pude hablar de las cicatrices de la revolución; las pesadillas del progreso; la persistencia de los sueños. Lo hice porque mi carencia se convirtió en mi destino, pero un destino compartido. El de mi nuevo cuerpo de hombre, el del viejo cuerpo de mi país y el del cuerpo problemático y desvelado de mi lengua. Podía acaso identificar sin demasiada dificultad los dos primeros: México y yo. Pero el lenguaje era de todos. De una vasta comunidad que escribe y habla y piensa en español, con el oro en los labios y la canción anónima en las playas a las que me referí. Y sin el lenguaje yo no podía darle realidad alguna, ni a mi identidad, ni a la de mi tierra. La lengua se convirtió así en el centro de mi ser personal y de mi posibilidad de convertir mi destino y el de mi país en identidad compartida. Me hice ciudadano del territorio de La Mancha, un simple escudero de Don Quijote. Gracias.

## Preguntas

Chiapas, ¿cómo está ahora? ¿Qué se consiguió con el movimiento, muy seguido por los argentinos? ¿Qué no se consiguió?

Para contestar con mucha franqueza a su pregunta, Chiapas en este momento está olvidada. No está en el mapa político actual de México; no está en la gran preocupación soberana de México, en estos momentos.

Pero nunca hay que olvidar que el primero de enero de 1994, Chiapas dio un grito, un grito de vida. Dijo: somos indios y aquí estamos; no nos olviden; no nos dejaremos olvidar. México estaba celebrando su discutible ingreso al primer mundo. Ya éramos nación del primer mundo. Habíamos firmado el Tratado de Libre Comercio con América del Norte. Todo pintaba color de rosas. Nos habíamos olvidado de la mitad del país. Y lo que pasó el 1° de enero fue que esa segunda mitad se manifestó, dijo: aquí estamos; aquí estamos y tenemos una voz, una cultura, una presencia. Y en ese momento Chiapas se convirtió en un tema central, no

sólo para México sino para el mundo. Se vio que había una reivindicación de muchísimas gentes en el mundo a través del movimiento zapatista en Chiapas. Ahora ha recorrido muchas rutas ese camino y ha sido, como decía al principio, olvidado en virtud de otras novedades políticas en México. La marcha zapatista al principio del gobierno de Fox fue una especie de culminación del movimiento con la presencia de los indígenas hablando en la cámara de diputados. Pero enseguida ha caído en una especie de olvido bastante inexplicable, en el que no nos acabamos de plantear con seriedad las preguntas que nos hace el mundo indígena mexicano, y que son *nuestras* preguntas respecto a ese mismo mundo, y es saber qué lugar tienen en la colectividad nacional los diez millones de indígenas que viven en México. Cómo conciliar las virtudes del mundo indígena, que son muchas, qué hay que aprender de ellas, qué no hacemos, cuáles son sus capacidades para tener una auténtica vida colectiva. Su capacidad para soñar, para recordar, para mantener tradiciones, para acercarse con más facilidad que en la vida urbana los unos a los otros. Cómo conciliar la gran tradición, las grandes virtudes del mundo indígena con la necesidad de que salgan de la pobreza. De que una mujer no tenga que ir al río de rodillas sobre las piedras a lavar la ropa, sino que sea india y que tenga una lavadora eléctrica al mismo tiempo; de que la comida no se pudra porque hay un refrigerador en la selva. Todo esto es lo que no nos hemos planteado en profundidad. Va a ser tiempo de resucitar el tema. El tema no se va a ir. A veces quisiéramos que los indios desaparecieran, que en realidad no haya indios. No, *sí* hay indios. Son diez millones de personas humanas que están en ese conflicto entre su tradición y su modernidad. Yo desconfío mucho de los mexicanos que dicen: "Hay que preservarlos tal como están. Que vivan en la pobreza, que vivan en la indigencia, pero que sigan siendo indios". No sé si van a seguir siendo indios en un país que tiene una dinámica de mestizaje tan poderosa como México, finalmente el 80 % de los mexicanos somos mestizos, sólo hay un 10 % de raza europea y otro 10 % de raza indígena. Además de que el destino de México es un destino mestizo. Pero mientras llegue ese día de integración cabal del mestizaje hay que pensar en qué quieren los indios y qué podemos darles a los indios, cómo nos acercamos. Porque ahí hay un problema de miseria, hay un problema de aislamiento, hay un problema de pobreza, es un problema de salud y son problemas de alimentación. Y son problemas que se pueden resolver. No podemos apartar a los indios y decir "bueno, que se las arreglen solos". Tampoco podemos dar soluciones para ellos, que no son las de ellos sino las nuestras. Entonces la solución tiene que ser que la voz de los indios se oiga. Que volvamos a oír al movimiento zapatista, que ha estado muy callado, y que los indios nos digan: "queremos esto y somos parte de ustedes". Porque generalmente somos, tenemos que ser, parte de una gran comunidad nacional.

#### ¿Cómo afecta el ALCA a la cultura mexicana?

El ALCA es la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio. Bueno, en primer lugar, el ALCA no lleva muy buenos visos de convertirse en una red, en realidad es una iniciativa un tanto hipócrita, como tantas del presidente Bush, en el que pretende interesarse por la integración económica del continente.

Esto no es cierto porque la administración Bush es una administración esencialmente proteccionista. Entonces se hacen actos exteriores de libre comercio, pero fundamentalmente lo que hay son unas leyes y actitudes muy proteccionistas y en esto ha participado también el candidato Kerry, tratando de proteger la industria norteamericana, de no adaptarla a la gran transición mundial tecnológica que está teniendo lugar. Hay industrias que se vuelven viejas, entonces se pasan a in-

dustrias nuevas, redituables, que hoy son industrias tecnológicas, de la tecnoinformación, etc. Es lo mismo lo que pasó un poco con la primera revolución industrial, cuando los ludistas se alzaron en armas contra la operación de fábricas, porque la fábrica le quitaba trabajo al artesano y al labriego. Hoy ahí también hay esa reacción. Pero el trabajo se está desplazando a los modelos de los Estados Unidos, de los centros industriales a mexicanos, a países donde el trabajo es menos costoso: México, China, por ejemplo. Entonces tiene que haber una reacción proteccionista, por eso no creo mucho en el futuro del ALCA, y además veo que hay una tendencia sudamericana encabezada por Brasil para formar un bloque propio de la América del Sur, que no sería un valladar contra la pretensión del ALCA. En cuanto al Tratado de Libre Comercio con Norteamérica entre México y los Estados Unidos es un tratado que en cierto modo ha favorecido a México, por lo menos a las industrias maquiladoras de las fronteras; ha traído más empleo, mejor nivel de vida y un aumento de exportaciones sumamente grande. México es hoy el segundo exportador a los Estados Unidos después de Canadá. El volumen de exportación ha aumentado a tal grado que hoy exportamos más a los Estados Unidos que lo que le compramos a los Estados Unidos. Jamás incurriría en el despropósito del presidente Bush cuando dice: “¿Saben Uds.? La mayoría de nuestras exportaciones provienen del extranjero”. Es como piensa el señor. Es como piensa él (risas)... bueno. Pero hay dos capítulos de los cuales carece el TLC. Uno es el capítulo ecológico, no hay un capítulo para proteger la ecología sobre todo en la zona fronteriza entre México y los Estados Unidos, que a veces es un verdadero albañal, un desagadero de la suciedad de ambos países. El río Colorado, que fluye desde los Estados Unidos al mar de Cortés, está lleno de porquería. A lo largo del río Bravo también sucede: hay contaminación en Ciudad Juárez y El Paso, que son ciudades vecinas; la contaminación es terrible. Estas medidas no se tomaron. Y no vale decir: “es solamente un tratado de libre comercio”. Vean Uds., cuando Felipe González negoció el ingreso de España a la Unión Europea, dijo: “Sí, entro. Pero tenemos un enorme retraso en España respecto al desarrollo de infraestructura en el resto de Europa, y España sólo entrará si tiene los fondos de compensación necesarios para construir carreteras, centrales eléctricas, comunicaciones de todo tipo”. Así logró España, gracias a esa política, colocarse a un nivel parejo al de la Gran Bretaña, Francia o Alemania. Nosotros no tuvimos la capacidad negociadora para incluir este tema en el TLC y sobre todo, señoras y señores, se nos quedó fuera el problema más grave que existe entre México y los Estados Unidos, que es el del trabajo migratorio. El trabajo migratorio es un tema que aún no encuentra resolución. Nuestros trabajadores mexicanos van a los Estados Unidos porque son necesitados, porque la industria norteamericana no funcionaría sin el trabajador mexicano. El trabajador mexicano trabaja en las fábricas, trabaja en el campo. Las cosechas de California que dan cuenta de una tercera parte del producto agrícola de los Estados Unidos no se cosecharían sin los mexicanos que son en un 90 % quienes recogen las frutas y los vegetales en California. El trabajador migratorio mexicano participa enormemente en los servicios, en la jardinería, en los restaurantes; cubren un espectro verdaderamente extraordinario. Yo he propuesto una cosa: un día sin mexicanos en los Estados Unidos. Se paraliza el país. Se paraliza (aplausos). Entonces, no es posible que esta gente que va a contribuir, en contra de lo que dice el profesor Huntington, en su libro muy racista contra México y los latinoamericanos, que somos holgazanes, que les quitamos trabajo a los norteamericanos; pues esto no es cierto. En primer lugar, el trabajador mexicano paga más en servicios y en impuestos de lo que recibe en ayudas de tipo social, mucho más; una diferencia de diez veces más lo que deja el trabajador mexicano en Estados Unidos de lo que recibe de

los Estados Unidos. Pero hay otro problema y no quiero obviarlo ante una audiencia como ésta: el trabajador mexicano sale a los Estados Unidos por carencia de empleo en México. Es cierto, y es lamentable. Yo quisiera que algún día tuviésemos algo semejante al pleno empleo en México, entonces los gringos irían a buscar trabajadores al Polo Norte, o a las islas Fiji ;no?; no sé dónde... pero los necesitan, son necesarios para la economía norteamericana. Pero también el trabajador mexicano se va de México por razón de injusticia, falta de educación, falta de estado de derecho, porque lo explota el cacique local, porque hay violencia, por todas esas razones. Es decir, que no sólo se trata de crear una economía de trabajo más plena, se trata de crear un estado de derecho; que sigue siendo la gran carencia de América Latina, es muy difícil señalar un país nuestro en donde rijan plenamente el estado de derecho, donde no haya constantemente corrupción, complacencias, excepciones, favorcitos por aquí, favorcitos por allá... y el estado de derecho como excepción y no como norma. Verdad es que en eso somos muy latinoamericanos y no vamos a resolver el problema del trabajador migratorio si no lo resolvemos en primer lugar en México. Ya los gringos encontrarán trabajadores en algún lugar, pero por el momento añado otra cosa: las remesas del trabajador migratorio a México se han convertido en la primera fuente de divisas para México, son quince mil millones de dólares que nuestros trabajadores envían a sus familias, a sus hogares, a sus comunidades. Es una suma enorme de la cual están viviendo muchos mexicanos. Y digo todo esto para que vean Uds. la complejidad del problema, y que no se trata sólo de un problema de trabajo, de un problema económico, sino de un problema cultural y de un problema humano (aplausos).

¿Cómo ve este Congreso de la Lengua? ¿Con alguna incidencia real para los hispanohablantes con todas nuestras culturas a cuestas? Y en lo que hace a esta compleja identidad que tenemos y construimos, ¿cómo podemos cambiar el lenguaje chatarra de los medios masivos de (in)comunicación que es invasivo? ¿Qué opina Ud. de la organización de este Congreso de la Lengua? ¿Ud. cree que va a sacar a millones de ojos que ahora están hipnotizados por la televisión y va a reivindicar la vuelta al libro? Las preguntas son muchas. No sé casi por dónde empezar... La cultura del libro...

Ayer me contaba, muy dramáticamente, un matrimonio argentino, que durante la dictadura militar en este país se vieron obligados a enterrar sus libros en su jardín; envolverlos y enterrarlos hasta que llegara un día mejor, en que no serían destruidas sus bibliotecas, o falsificadas. Porque tengo entendido también que a veces se ponían libros marxistas en las bibliotecas para justificar el asalto, que de paso era el asalto a los muebles, la vajilla, los cuadros y todo lo que se podían llevar estos bandidos. Entonces, basta con que haya una familia que decide enterrar los libros en el jardín para rescatarlos junto con la libertad, para ver hasta qué grado la cultura del libro se identifica con la libertad misma, con la libertad personal. Porque el libro cumple una función doble: es una forma de comunicación colectiva, solidaria con los demás; y es una forma de comunicación con uno mismo, uno descubre cosas de su propia personalidad que no descubriría si no lee un libro, es una manera de conocernos a nosotros mismos y de conocer a los demás. Ahora, hay muchas otras maneras de hacerlo. Yo no le niego a un programa de televisión, a una película, a una orquesta de tango, de jazz, esa misma capacidad de mutuo conocimiento entre la sociedad y el individuo, entre la comunidad y el yo. Porque se trata de eso,

de darle un valor excedente, el mayor posible, tanto a la personalidad individual como a la pertenencia de esa personalidad a la colectividad. Se trata de ambas cosas. Yo no le quito valor a nada. Yo crecí, en ese Estados Unidos que les describo, con la radio; mi educación venía de la radio. Yo seguía con mucho interés las peleas de box, y tenía una gran admiración por el “Bombardero Negro”, Joe Louis, gran boxeador. Pero yo no lo veía en televisión. Tenía que escuchar en radio cómo ganaba, en el Madison Square Garden, las peleas Joe Louis. Luego quizá lo podía ver en los noticieros semanales. Ahora hay una comunicación instantánea, en tiempo real sabemos todo lo que pasa en el mundo. Pero a mí no me asusta ningún avance tecnológico; estoy seguro de que hoy más personas en un solo día escuchan el *Don Juan* de Mozart que durante toda la vida del autor. Hay una accesibilidad enorme a través de los medios técnicos; y a través de los medios técnicos también se engaña igual que se engañaba a través del cine, a través de la radio, a través de todo el periodismo, a través de la retórica política. Siempre ha habido un intento de usar la palabra, de usar la imagen en términos de engaño. Cuando uno ve las censuras impuestas por la Alemania nazi a la información, pues esto es el extremo —o la Rusia stalinista—, es el extremo de lo que se puede hacer desde el poder para desinformar. Creo que todavía tenemos hoy en nuestros países quizá márgenes suficientes para denunciar estas mentiras y para oponerles, por lo menos, si no la verdad, la búsqueda de la verdad, que ya es mucho. Tener libertad para buscar la verdad es quizá la única manera de buscar la verdad; la verdad absoluta no existe ni existirá nunca pero lo que es importante, lo que define la libertad es la búsqueda de la verdad. Nos tenemos que preguntar, entonces, cuántas vías en cuántos canales, en los libros, en las artes visuales, en las comunicaciones, cuántas vías tenemos abiertas para esa comunicación de la verdad y combatir siempre a la mentira, o a lo que percibimos como mentira, en todos estos medios. Porque la mentira no es sólo un privilegio de los medios audiovisuales: hay libros mentirosos (acabo de señalar mi rechazo a la educación que se me dio en la Argentina a través del ministro Hugo Wast). Hay que combatir a la mentira en todos los medios, no sólo en los visuales o en los de más extensión hoy. Finalmente con un libro llamado *Mein Kampf* Adolfo Hitler llegó al poder, movió al mundo, y por poquito lo destruye.

El libro sigue teniendo una enorme fuerza, un enorme valor, por esa doble comunicación que procura entre el lector con la sociedad y con su propia persona. Protejamos al libro, defendamos al libro que sigue siendo una base de la cultura y esto es lo que justifica el Congreso en Rosario.

¿Cuáles son los rumbos de la literatura latinoamericana, actualmente? Porque pareciera que por un lado hay una tendencia a literatura para iniciados, y por otro la que tiende vínculos facilistas con el lector (Coelho) ¿Cómo ve usted esta cuestión? ¿Qué salida alternativa puede divisar?

La misma salida que ha existido desde el origen de la historia; no hay ninguna novedad en esto.

Empiezo por decir una cosa: que la literatura iberoamericana, tanto en portugués como en español, forman parte de la literatura universal; no son provincias aisladas. Podemos pensar, y pensar seriamente, en lo que nos dice la literatura argentina, o la literatura española, o la literatura mexicana. Pero, en fin, todos somos, como dije al final de mi plática, miembros del territorio de La Mancha, esa extraordinaria vocación de imaginación y palabra que nos viene del *Quijote*. Pero, aparte de eso, somos parte de una literatura mundial. Esto que Goethe anunciaba en el siglo XVIII, la “Weltliteratur”, una literatura de todo el mundo, una literatu-

ra global, antes estaba muy centrada en la literatura del occidente, en la literatura europea; se desplazó hacia la literatura rusa; bastante hacia la literatura de los Estados Unidos, y luego hacia la de la América Latina. Pero hoy ya tenemos que hablar también en términos de la literatura del norte de África, del Magreb; del África negra: hay que pensar que hace cincuenta años nadie se hubiera imaginado que un país como Nigeria, una colonia en esa época, iba a tener tres grandes escritores: Chinua Achebe, Ben Okri y Wole Soyinka (Premio Nobel de Literatura). Además que abarca la literatura del África del Sur hasta las literaturas de Asia. En fin, que estamos ante un verdadero fenómeno de mundialización muy positiva, de intercomunicación de una literatura que tenemos que ver en su conjunto. En su conjunto resulta ser la literatura más rica de todos los tiempos. Periódicamente los críticos mandan al camposanto a la novela, “ya se murió la novela”, y luego aparecen diez, quince, veinte novelistas en todos los países del mundo que desmienten al crítico, y estamos en este momento, en momentos de una gran emergencia de novelas. A veces, como digo en el caso de Nigeria, hablo de Turquía, con Orhan Pamuk, por ejemplo. Del África del Sur, una cantidad de buenos escritores: Kertész, Nadine Gordimer; con una infinita capacidad de novelar. Hay una necesidad, precisamente en el mundo en que vivimos, y por las características del mundo en que vivimos, de darle a la imaginación sus poderes, de devolverles sus poderes a la palabra y a la imaginación. Porque finalmente la política es dogmática; pero la literatura es todo lo contrario, es escéptica, es crítica, está buscando diferentes opciones y nos está dando una visión mucho más completa del mundo de lo que no puede darnos la política, o la ciencia misma, o la lógica; desde luego, la lógica es unívoca, la literatura es plurívoca. Lo decía ayer en Rosario: “¿Los molinos son gigantes?”, pregunta; y luego afirmación: “Los molinos son gigantes”. Esta dualidad de la literatura frente a la lógica: ¿qué tendría que decir? “o son molinos o son gigantes”. En la literatura podemos decir a la vez que “son y no son molinos y gigantes”, dependiendo de la imaginación de don Quijote y del lector. Ésta es la gran fuerza de la literatura, la de ofrecer mundos alternativos, posibilidades alternativas; palabras que no son sólo las palabras que nos dicta el poder, o el comercio; otras palabras. Palabras más cercanas a la vida, y a veces más cercanas a la muerte, pero en fin, palabras más humanas, en todo caso.

Si el *Martín Fierro* constituyó o constituye, de alguna manera, nuestro ser, y podría ser distinto, como dijo Borges, si el libro fuera el *Facundo* de Sarmiento, ¿cómo hacer para que Borges fuera nuestro escritor definitivo?

No, yo no creo que haya escritores definitivos, por más buenos que sean, aunque sea Cervantes, aunque sea Shakespeare, no son escritores definitivos, porque siempre un escritor está precedido por otros escritores que lo alimentan y les dan sus instrumentos, su capacidad de ser quien es.

Cervantes, finalmente, logra fundar la novela porque aprovecha todas las tradiciones preexistentes y crea una novela de novelas, un diálogo de géneros en que está representada la épica, con don Quijote; la picaresca, con Sancho Panza; hay la novela dentro de la novela, hay la novela pastoral, la pastora Marcela, hay la novela de aventuras, hay la novela bizantina, hay la novela de Corte con los duques... se juntan todos los géneros separados hasta ese momento y los reúne en un solo texto: *Don Quijote*; que por eso se transforma en novela de novelas y fundación de la novela como género de géneros. Entonces, no es posible concebir una obra tan original como *Don Quijote*, que al cabo es la primera gran novela moderna, sin

toda la tradición que precede a Cervantes. Y que con Cervantes se proyecta hacia el futuro. Va haber toda una tradición derivada del *Quijote*, desde luego Lawrence Sterne, en Inglaterra; Diderot, en Francia, esas quijotitas con faldas que son Madame Bovary, que también se vuelve loca leyendo novelas sentimentales; o la protagonista de la lavandera de Northanger, de Jane Austen, que se vuelve loca, pierde el seso, leyendo novelas góticas. Son todas como hijas de *Don Quijote*. Esta capacidad de Cervantes demuestra cómo, por un lado, una gran novela asume las tradiciones del pasado, y por otro lado, crea la tradición del futuro de la cual se van alimentar las futuras creaciones. De tal suerte, que no hay verdadera ruptura, nunca, de la continuidad literaria. A veces lo que hay son parricidios, inevitables. Llega una nueva generación y quiere matar a sus papás. Esto ha pasado siempre y lo malo es que los papás no nos damos por muertos... todavía (risas y aplausos).

¿Puede hablar sobre su trabajo como escritor con el lenguaje, la rutina, la temática, la elección o selección? ¿Cómo es su día de trabajo?

128 129

Mire, depende dónde vivo.

En Inglaterra, donde vivo parte del año, vivo ahí porque tengo seis amigos, más o menos, nada más. Me puedo levantar a las seis de la mañana, trabajar de siete a doce, darme un paseo —tengo que caminar un poco, hacer ejercicios—. Voy a un cementerio muy cercano a mi casa. A veces me divierto mucho leyendo las inscripciones de estas tumbas suntuarias; no tanto como las del cementerio de Buenos Aires que es el delirio ¿no? (risas). Estos grandes túmulos hechos a base de cubetazas de leche y de vacas descuartizadas; es absolutamente fenomenal y único. En Inglaterra el cementerio es más discreto pero no deja de ser muy curioso. A veces encuentro lápidas que me encantan, como “Aquí yace Lady Jones. Pasó de la fantasía a la realidad” (risas). Pero al mismo tiempo recorro un espacio del cementerio que me conmueve terriblemente. Es un espacio de alrededor de cien cruces blancas, y son cruces de jóvenes británicos, soldados muertos en la primera guerra mundial, y leo las inscripciones, leo las fechas, no hay nadie en ese espacio del cementerio con más de 29 años de edad; entre los 17 y los 29 toda esa generación fue sacrificada en una guerra inútil, porque era una guerra por comercio, por colonias, en la que murieron toda un generación de jóvenes europeos. Si hay una guerra que muestra la futilidad de las guerras, es esa guerra. Luego, para levantarme el ánimo, corro a brazos de mi esposa para comer juntos, y ya el día se me hizo feliz y luego leo tres horas en la tarde y en seguida hay pues una gran ciudad abierta al espectáculo, la ópera, el cine, el teatro —que es el mejor del mundo—, en fin, hay muchas maneras de compensar. Y como los ingleses se acuestan muy temprano, a las once todo está cerrado y a las once y media uno está en la cama, uno puede empezar a trabajar bien al día siguiente. México DF, desayuno político a las ocho de la mañana con enchiladas, huevos rancheros, y... ¡ya empezó mal el día! (risas), o empezó bien, quién sabe cómo se vea ¿no? Bueno... regreso a escribir un ratito en mi casa antes de que comience el almuerzo mexicano: doce y media a seis (risas), doce y media a seis y más chilaquiles, tamales, mole poblano, cerveza, grandes pláticas, todo interesantísimo... Regreso corriendo a mi casa, después de vencer la circulación en la ciudad de México, que me toma más distancia que entre Rosario y Santa Fe, llegar a mi casa y darme una ducha, bañarme, salir a la cena que va a empezar a las diez y media y va a terminar a las tres de la mañana (risas). Entonces México no es el mejor país del mundo para escribir libros. Es un gran país para tener amigos, para comer bien, para oír Mariachis, para hacer la “polaca”, como decimos en México, que es como nos referimos a la política: la “polaca”; intrigar a ver quién va a ser

presidente, quién va a ser candidato, quién robó esto, quién es fulano, quién es mengana... bla bla bla. Todo eso es muy divertido, y lo alimenta a uno como escritor, pero llega el momento en que hay que volver a ser monacal, regresar a Londres y escribir libros. Ésa es mi jornada, o mis jornadas, así en plural.

Hay dos preguntas referidas a la reelección de Bush.

Una es: ¿Qué opina sobre eso y qué pasará ahora con nosotros, América Latina, con la nueva asunción de Bush?

Varias cosas.

Hablé con un amigo cercano que me dijo: “me he metido a la cama y me he cubierto con una frazada. Creo que no me voy a levantar de aquí por lo mal que me siento por la reelección de Bush”. Y yo dije: sí, es terrible lo que ha pasado, pero a mí, que acabo de publicar un libro llamado *Contra Bush*, me da cuatro años más de tema (risas y aplausos). Este libro mío, *Contra Bush*, es un libro escrito al ritmo de los acontecimientos. A partir de la campaña electoral del año 99<sup>5</sup>, empecé a escribir sobre Bush previendo lo que iba a ser, dada la personalidad y conexiones del vicepresidente Cheyne y sus ligas con la industria petrolera Halliburton. Sus votos en el congreso americano: su voto en contra de la liberación de Nelson Mandela, su voto a favor del *apartheid* en África del sur, ya decían quién era el señor. Y apenas tomó posesión Bush, antes de Irak, antes del 11 de setiembre, ya todas las medidas internas: eliminar la oficina contra el SIDA en la Casa Blanca; abrir Alaska a la explotación petrolera, acabando con las reservas naturales de esa hermosísima provincia del norte, a partir de todas las leyes ecocidas que promovió; las de los desayunos escolares<sup>6</sup>; bueno, ya todo eso me decían qué clase de gobierno iba a ser. Más sus actividades internacionales: la negativa de sumarse al protocolo de Kyoto contra la emisión de gases nocivos; y la decisión terrible de no unirse al Tribunal Penal Internacional, casi una admisión de culpa: “A mí no me van a juzgar los criminales de guerra. Nosotros creemos que son criminales de guerra, pero los míos están a salvo”. Luego vino el 11 de setiembre. Un movimiento de gran solidaridad con el pueblo norteamericano por la tragedia de ese día y una decisión de combatir al terrorismo, e incluso, de acompañar a los Estados Unidos en Afganistán. ¿Por qué permiten que se escape Bin Laden de Tora Bora y se dirigen todas las municiones contra un terrible tirano, sanguinario, pero que no era un terrorista; mantenía su territorio libre de terrorismo, que era Sadam Husein en Irak? Fue una distracción inexplicable. A menos que uno elabore teorías que pueden ser ciertas, y muchos libros lo afirman, de la relación entre la familia Bush y la familia Bin Laden, entre los Estados Unidos y la Arabia Saudita. ¿Por qué dejaron escapar a Osama Bin Laden y se fueron a esta guerra contra Irak? Es una guerra basada en la estupidez, en la estupidez más sangrienta. Es una guerra que no ha previsto los costos de la guerra. Si estos señores, cuando Bush estúpidamente se subió a un portaaviones, y declaró en mayo del año pasado: “los combates han terminado, hemos triunfado en Irak”, no estaba previendo que ese pueblo se iba a levantar en armas, no por simpatía a Sadam Husein, sino por defensa contra un invasor extranjero, que es los Estados Unidos de América; dándose una guerra de resistencia, calle por calle, casa por casa, en todo Irak, incluso con antiguos enemigos de Sadam Husein que se han unido a esta insurgencia nacional irakí y yo no sé cómo va a salir el pobre Bush de eso: si se va, pierde; si se queda, también pierde. Y le cuesta mucho acercarse a la comunidad internacional y buscar soluciones diplomáticas porque no está en su espíritu, y cuando se nombra a “Condolencia Arroz” [Condoleeza Rice] Secretaria de Estado (risas y aplausos) ya es casi un programa de acción, y se nombra Fiscal General al señor Martínez, que ése es de estos mexicanos-americanos que tienen

que probar que son más papistas que el Papa, y aunque son de origen mexicano, ahora son gringos hasta la médula. El señor Martínez es el autor de todas las justificaciones legales para la tortura en Abugray y en Guantánamo a partir de la teoría que el presidente de los Estados Unidos está por encima de las convenciones internacionales; y ahora ese señor es el Procurador General de Justicia de los Estados Unidos, entonces ¡agarrense! ¡agarrense! Entonces tengo las peores previsiones. Hay mucha gente que decía “no, no, ahora con el segundo mandato, esta vez sí es electo en verdad, la otra vez no sabemos, puede que cambie y decida pasar a la historia como un mandatario más equilibrado”. No, no va a ser. Ya ha demostrado con esos nombramientos que va a ser un ultraconservador, que va a llevar sus políticas al extremo, con el peligro para todos de que no se dé cuenta de la realidad, de que lleve adelante planes militares sin los recursos necesarios para ganar, combatir, permanecer, en Irán, digamos, en Corea del Norte, que Corea del Norte sí tiene armas de destrucción masiva, y les dicen: “miren, yo tengo armas de destrucción masiva, y ¿saben qué?, les pinto un gran violín, hijos de la tal...” (risas). Estamos viviendo en un mundo de teólogos en el poder en los Estados Unidos. Hay que ver lo que es un gobierno regidos por teólogos, fundamentalistas, que creen en la supremacía de los Estados Unidos, en la inutilidad de la diplomacia y en la falta de necesidad de escuchar la voz de los demás. Verdad es que entramos a una época sumamente peligrosa. Los latinoamericanos qué podemos hacer. Yo creo que tenemos muchas posibilidades, algunas posibilidades, de trabajar juntos con los países del “eje del mal” europeo: España, Francia, Alemania y ya en el futuro una Italia sin Berlusconi, no sé. Pero hay la posibilidad de estar constantemente, lo dijo ayer el presidente Chirac, defendiendo la legalidad internacional, oponiéndole a los Estados Unidos una voluntad de diplomacia, de derecho, constantemente creándoles obstáculos para que esta política que acabo de prever no se lleve a cabo sin obstáculos, por lo menos. Que sepan que hay gente que no piensa como ellos. Si hubiéramos votado en el mundo, yo creo que Bush hubiera perdido por setenta o setenta y cinco millones de votos en contra, el setenta por ciento de la población del mundo estaba contra Bush. No tenemos derecho a votar, yo creo que deberíamos tener derecho a votar en una elección americana porque nos afecta a todos (risas), pero ya que no podemos hacerlo, por lo menos podemos conseguir e implementar políticas. Políticas de diplomacia, de derecho, de defensa, frente a este poder omnímodo en lo militar, recuerden ustedes; los Estados Unidos son la gran potencia militar, no son la gran potencia económica, por muy ricos que sean, dependen enormemente de la inversión extranjera, tienen una deuda extranjera monstruosa. Francia invierte más en los Estados Unidos de lo que los Estados Unidos invierten en Francia. Tanto que detestan a Francia y tiran el champagne por las alcantarillas y todo lo demás... pues, hay una gran dependencia. Económicamente, los Estados Unidos son un país dependiente del comercio y de la inversión extranjera. Entonces un día estos espejismos ideológicos de la Casa Blanca van a tener que enfrentarse a realidades muy concretas y quizá eso los haga cambiar. Yo preveo muchas crisis durante estos cuatro años de Bush, si es que llega al cuarto año, porque se han dejado de lado en la elección todos los grandes sociales internos y todos los grandes temas internacionales. Esta elección la ha ganado un grupo de tres millones y medio de fundamentalistas, religiosos de derecha, pero una vez que comiencen a pasar las cosas que yo creo que van a pasar, va a haber muchos problemas, muchas disputas dentro de los Estados Unidos y ahí no se qué va a saber responder el gobierno de George Bush. De manera que siento que mi libro *Contra Bush* va a seguir teniendo vigencia por un ratito todavía, por un ratito... (Aplausos)

## Notas

<sup>1</sup> Escritor y periodista santafesino.

<sup>2</sup> El acto comenzó con un sentido homenaje y un minuto de silencio por el fallecimiento, el día anterior, del insigne escritor y ensayista santafesino don Gastón Gori (17/11/1915 - 17/11/2004).

<sup>3</sup> Vicegobernadora de la Provincia de Santa Fe, gestora de la visita de Carlos Fuentes a Santa Fe.

<sup>4</sup> Comida típica mexicana. (N. del T.)

<sup>5</sup> George W. Bush y Dick Cheney, candidatos a presidente y vicepresidente de USA, respectivamente, por el Partido Republicano. (N. del T.)

<sup>6</sup> Se refiere a leyes que habilitaban el acceso al “Programa de Cupones para Alimentos” mediante una red nacional de asistencia alimentaria para los sectores más carenciados –monitoreada por USDA (United States Department of Agriculture)–. Pero estas leyes negaban explícitamente tales beneficios para hijos de inmigrantes (los más afectados eran los mexicanos radicados en Arizona). (N. del T.)